

AL OTRO LADO DEL MAR

Editado y producido por:



Punto Rojo Libros, S.L.
info@puntorojolibros.com

Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España

Derechos reservados © 2011, respecto a la primera edición en español, por:

© Lucía Martínez Córdoba

© Punto Rojo Libros, S.L.

Impreso en España • Unión Europea

ISBN: 978-84-93852-26-9

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

LUCÍA MARTÍNEZ CÓRDOBA

AL OTRO LADO DEL MAR

PUNTOROJO
libros

A mi madre, por ayudarme a crear e inventar antes de saber escribir y por ser mi consejera y mi mejor amiga.

A mi padre, por haber creído siempre en mí y haberme apoyado en todos mis sueños y locuras.

A mi hermano, por darme una gran idea para dar a conocer esta historia y quererme tanto como lo quiero yo a él.

A mi abuelo, que si pudiera leer este libro vería cuánto se ha colado entre mis líneas. Nunca te olvido.

A Rafa, por dar alas a un sueño tanto tiempo reprimido y por tantas cosas imposibles de expresar con palabras.

A todas vosotras, personitas anónimas que le disteis una oportunidad a esta historia y que me habéis acompañado todo este trayecto. Sin vosotras nada hubiera sido lo mismo, sabéis que siempre formaréis parte de este sueño.

Capítulo 1

El ruido de los motores la hizo estremecerse. El avión acababa de despegar y su aventura comenzaba. Ya no había vuelta atrás. Se colocó los cascos del reproductor de música en un vano intento de acallar sus pensamientos y su nerviosismo, pero su cabeza gritaba tan alto que la música apenas era perceptible.

Miró por la ventana. Conforme el avión tomaba altura, iban cruzando más y más nubes, dejándolas atrás poco a poco. El cielo estaba azul, espléndido, y allá a lo lejos brillaba el sol, pequeño y lejano como siempre. Nada cambiaba a miles de pies sobre la tierra.

Las azafatas, tras dejar atrás sus habituales indicaciones de cómo actuar en caso de accidente, se dirigieron al fondo del avión, probablemente en busca de carritos repletos de comida precocinada y envasada. Una de ellas, más joven y rubia que las demás, la miró y le sonrió.

No le apetecía devolverle la sonrisa, así que rápidamente giró la cabeza y volvió a concentrar su vista en las nubes. Las había imaginado diferentes. No eran esponjosas ni densas, como parecían desde el suelo. El avión las cruzaba sin problemas y se sumergía en ellas como un experto nadador en la orilla del mar.

Mientras tanto, *El canto del loco* atronaba sus oídos. Adoraba sus canciones, pero no las estaba disfrutando como otras veces. Solo quería llorar al saber que se alejaba de ellos, de sus voces, de su idioma. Ese era el motivo de que no pudiera sonreír, de

que tuviera los labios fruncidos en un gracioso mohín y la mirada perdida y apagada. Se dirigía a un país desconocido, a una enorme ciudad que para ella no era más que el rostro de mil películas, un laberinto hecho realidad, y lo hacía sola. Menuda locura.

Por qué, por qué, por qué. No dejaba de preguntárselo, a pesar de conocer la respuesta. No quería aceptarla, no le valían las palabras con las que se habían despedido en el aeropuerto de Barajas. Tenía que haber algo más. Es más, sabía que lo había. Nunca la habría dejado marchar así, estaba convencida.

Mejor era cuando creía que tú me comprendías y ahora veo que no, mejor era cuando creía que tú no me mentías y ahora veo que sí, y tú, tú, tú ya no eres igual...¹

Sus ojos comenzaban a entrecerrarse. Estaba cansada de tanto pensar, de dar tantas vueltas por su cabeza, de no poder despejar la mente ni un segundo. Solo quería dormir, dormir y descansar. Pegó la cabeza al cristal de la ventana y, con los ojos cerrados y la música meciéndola, se quedó dormida.



Estaba saltando, cruzando las nubes y rozándolas con sus propias manos. Eran suaves y perfectas. Cerró un puño y atrapó dentro un pedacito de cielo. Se lo acercó a la boca y lo probó. Era dulce, delicioso. A su alrededor no había nada, solo nubes, paz, cielo, calma, luz. ¿Estaba en el paraíso? No, sabía que no. Debía tratarse de un sueño. Allá a lo lejos, bajo sus pies levitando en el aire, podía ver el mar. Brillaba, reflejando el fulgor del sol, que empezaba a caer. Y un poco más a lo lejos, veía algo más, veía un punto marrón. Tal vez tierra. Pensó que estaba llegando y el

¹ *Mejor*, El Canto del Loco.

esbozo de una sonrisa se coló entre sus labios. No le gustaban los aviones, ni viajar sola. Quería llegar, hacer frente a lo que fuera que se encontrara allí, y cuanto antes, mejor. Estaba cansada, cansada y harta de tanto pensar. Ni siquiera en sueños era capaz de quitarse esas ideas de la cabeza.

Se tumbó en una nube y notó como poco a poco iba hundiéndose en ella. Sentía escalofríos por todo el cuerpo de tan suaves como eran. Su rostro, sus piernas, sus manos... pero sobre todo un brazo, el brazo izquierdo. El roce de las nubes era distinto, aterciopelado y... ¿con olor a fragancia masculina?

De repente, notó como unos dedos rozaban su piel. Sí, unos dedos. Exactamente cinco.

Asustada, abrió los ojos de golpe.

Volvía a estar en el avión. Por la ventana ya no veía nubes. Estaba oscuro. Giró la cabeza, aún medio dormida, en busca de aquellos dedos. Y allí estaba él. Ojos verdes, cabello rubio y despeinado, camisa de cuadros y una enorme sonrisa en los labios.

—¡Hola! Perdona que te haya despertado. He visto que tenías el vello de punta y supuse que tendrías frío, así que te he tapado un poco con la manta para que estuvieras cómoda.

No hablaba su mismo idioma, pero ella se manejaba bastante bien en inglés y no tuvo ningún problema para entenderlo. Sin embargo, entendía las palabras del chico, pero no comprendía la situación. ¿Quién era él? ¿Qué hacía a su lado? Su padre había comprado el asiento contiguo al suyo para asegurarse de que su hija fuera tranquila en la primera clase de aquel avión, sin ningún loco o perverso intentando trabar conversación con ella.

—Por cierto, me llamo Matthew —volvió a hablar, sin dejar de sonreír.

—Yo... yo... tú... ¿qué haces aquí? —consiguió pronunciar ella, a la vez que se quitaba los auriculares.

—Bueno, vuelvo a casa de mis vacaciones de verano con mis tíos españoles —respondió él.

—Me refería a qué hacías en este asiento. Antes no estabas aquí.

—¿Antes de qué? ¿Antes de que te quedaras dormida y se te marcara la cara con la ventanilla del avión? —bromeó Matthew.

Ella se dirigió la mano a la frente y notó unos surcos redondeados. Avergonzada, giró la cara hacia el cristal. No quería que aquel chico siguiera burlándose de ella, ni quería hablar con él. Era atractivo pero muy maleducado. ¿Cómo se atrevía a dirigirle la palabra? ¡Y más de ese modo! ¡Era indignante!

—Perdona, tan solo era una broma —añadió el joven—. Estaba sentado allí, junto a aquel japonés gordo que ronca tanto y que no paraba de dejarse caer sobre mí. Temía por mi vida y pedí cambiar de sitio. El único asiento libre era este y, puesto que estabas dormida, pensé que no te molestaría.

—Pues ya ves que lo has hecho —gruñó ella sin mirarlo a los ojos.

—Lo siento de nuevo. Prometo que no volveré a decirte nada en el resto del trayecto. No te darás ni cuenta de que tienes un compañero.

Ella volvió a ponerse los auriculares y se concentró en el paisaje. A lo lejos se veían brillar millones de luces. El chico sacó de su bolsillo un flamante teléfono blanco con una enorme pantalla y comenzó a teclear algo.

Las vistas eran increíbles. Como había ocurrido en el sueño, empezaba a tener ilusión. Ya que no había tenido elección, ya

que su destino estaba claro, de nada servía quejarse. Debía hacerse a la idea de que comenzaba para ella una nueva vida.

El avión empezó a descender en el aire. Comenzaron a pasar entre altísimos edificios que brillaban más que la propia luna. Bajo ellos, luces de todos los colores, agua, magia.

La voz del piloto la sacó de sus ensoñaciones cuando se dirigió por última vez en el trayecto a los viajeros:

“Por favor, apaguen sus aparatos electrónicos. Estamos a punto de aterrizar, a la hora local de las 9 de la noche. El clima en la ciudad es de unos 25° C, así que les recordamos que tal vez necesiten una fina chaqueta al salir del avión. No olviden seguir las indicaciones del personal aeroportuario en la zona de inmigración y, ante todo, bienvenidos a Nueva York”.

Capítulo 2

Con la cabeza embotada por el largo vuelo y el corazón a mil por hora, bajó del avión. Las palabras del piloto habían provocado el nerviosismo no solo en los viajeros sino también en la tripulación, que no dejaba de moverse de un lado a otro ayudando a algunos pasajeros a levantarse, indicando a otros que esperaran o sacando maletas de mano que habían quedado atrapadas en el receptáculo superior de los asientos. Sin darse cuenta, se encontró rodeada de un tumulto de personas desesperadas, ansiosas, deseosas de pisar tierra americana.

Echó un vistazo a su alrededor. Matthew no andaba por ahí. Cuando el piloto había indicado la llegada a Nueva York, el chico había salido corriendo a su antiguo asiento sin decir una palabra. Lo cierto es que esa falta de tacto le había molestado un poco. Ya que parecía ser que habían compartido butacas en el vuelo durante varias horas, y después de haber estado importunándola, lo mínimo que podía hacer era despedirse de ella.

Al cruzar la puerta del avión, se despidió de las azafatas. De nuevo, aquella azafata rubia le sonrió. No quiso parecer antipática, así que con poco ánimo le devolvió la sonrisa.

En el gusanillo que comunicaba el avión con la terminal, la gente se movía nerviosa. Una familia con niños se paró a poner las chaquetas a los pequeños. Una chica de unos veinticinco años echó a andar un poco más rápido para alcanzar a un joven alto y fuerte que iba unos pasos por delante. Los idiomas se mezclaban en ese estrecho paso, y ella comenzaba a agobiarse. Nunca le habían gustado los espacios cerrados, así que estaba

deseando salir del pasillo, dejar atrás el aeropuerto y perderse en las anchas calles plagadas de taxis amarillos.

Por fin consiguió zafarse de toda esa gente y entrar en la terminal. Siguió las indicaciones de unos carteles luminosos que pendían sobre las cabezas de los ajetreados turistas y se dirigió hacia la salida. Mientras caminaba, miraba para ambos lados, nerviosa, buscando a alguien. A lo lejos vio a las azafatas observando a diestro y siniestro. La azafata más joven pareció verla y la señaló mientras hablaba con sus compañeras.

Instintivamente, la viajera se llevó la mano al cuello y rozó con las puntas de los dedos el cartelito que colgaba de la cinta azul que le dieron en el anterior aeropuerto. Echó a caminar más rápido, sin mirar atrás.

Quería perderse en el bullicio de la gente, sentirse adulta e independiente desde el primer momento. A fin de cuenta, si la habían hecho embarcarse en un viaje tan largo al otro lado del océano ella sola y si esperaban que construyera una nueva vida en la Gran Manzana, debían confiar en ella.

Oyó unos pasos acelerados tras ella. Sospechó que se trataba de alguna azafata, por lo que se apresuró aún más. Al girar un pasillo, justo al frente pudo ver a un policía controlando los pasaportes y los permisos de entrada a Estados Unidos. Se sintió frustrada. No conseguiría jamás cruzar esa puerta sin la compañía de un adulto.

Al tiempo que frenaba, una delicada mano femenina la agarró del brazo.

—¡Señorita, señorita! Espere un momento. No puede ir por ahí sola siendo menor de edad. Debe esperar a que el miembro de la tripulación a su cargo la acompañe hasta el punto de encuentro con sus familiares.

Una mujer un poco mayor que las otras azafatas, de unos cuarenta años, le sonreía cordialmente, con las mejillas sonrojadas y la voz entrecortada por la carrera.

—Sí, claro, perdón. No sabía que tenía una persona a mi cargo. Soy ya bastante mayor como para hacerme cargo de mí misma —respondió ella.

—Si no le importa, sígame por aquí y la acompañaré hasta la salida.

La joven aceptó con la cabeza y dejó que la azafata, con su pañuelito azul al cuello y su sonrisa, la ayudara a transportar su bolsa de mano. Al llegar a la entrada, la azafata mostró su documentación y la de la chica al policía que comprobaba los pasaportes y le indicó que cruzara. Ese gigante de hombros anchos y cara seria le pidió que mirara a una cámara donde un escáner óptico guardó una imagen de su ojo para reconocerla en caso de cometer algún delito y también catalogó su huella, tras mancharla de negro como si fuera una niña de cinco años. Después, la miró a los ojos durante unos segundos eternos, observó con detenimiento a la azafata y les permitió el paso.

La azafata intentaba darle conversación, pero ella no estaba muy receptiva. Se limitaba a mirar a la asistente y menear la cabeza de forma negativa o afirmativa, dependiendo de la ocasión. Le daba la impresión de que todos la estaban tratando como a una niña, y eso no lo gustaba en absoluto. Tal vez fueran imaginaciones suyas, pensó, pero cada vez que oía la empalagosa y fingida voz de la azafata, se confirmaba su teoría de que esa señora deseaba tan poco tener que ir a su lado como ella misma.

Habían llegado, sin darse cuenta, a la zona de recepción de equipaje. En la cola para comprobar la documentación habían perdido bastante tiempo, por lo que las maletas ya estaban

dando vueltas en las cintas. Su maleta fue una de las primeras que vio y eso le hizo sonreír. La maleta rosa chicle, esa maleta de niña de papá consentida, la maleta de niña pija, destacaba sobre todas las demás, oscuras y serias. Estiró el brazo para sacarla de la cinta, pero ya había olvidado lo pesada que era, y no pudo levantarla. Salió corriendo detrás de ella, enganchada al asa, mientras veía como la azafata no hacía nada para ayudarla. Es más, le pareció ver desde lejos como esta se reía.

Al final consiguió, con la ayuda de un hombre, bajarla de la cinta giratoria. Arrastró la maleta hasta el lugar donde la azafata la esperaba y, tras unas cuantas comprobaciones de seguridad por parte del personal del aeropuerto, cruzó las puertas que comunicaban con la zona de acceso público del recinto.

Decenas de personas se arremolinaban en torno a la puerta, muchas de ellas con cartelitos con nombres y apellidos en la mano. Además, un grupo de niñas se apelotonaba a un lado, gritando sin parar, como si se encontraran en la puerta de un concierto. Aunque en ese momento las odió, no pudo evitar pensar en sus amigas. “¡Atenta en el aeropuerto, que seguro que ves a Brad Pitt!”. “Calla, calla. ¡Brad Pitt es muy viejo! Al que seguro que ve es a Robert Pattinson. ¿Te imaginas? ¡Dios mío! Si lo ves, ¡pídele un autógrafo para mí, por favor!”. Frenó el paso para mirar a su alrededor en busca de algún famoso, pero no vio a nadie que le llamara la atención.

Al pararse, alguien chocó con ella por detrás. Su maleta cayó al suelo y entonces se dio cuenta de que el desconocido se había golpeado un tobillo con ella. Se giró de golpe para pedir disculpas en su académico inglés y volvió a encontrarse frente a frente con Matthew.

—¡Qué dolor! —se quejó el chico.

—Perdona, no sabía que tenía a nadie detrás —se disculpó ella, al tiempo que bajaba la mirada.

—Puede que me haya hecho un esguince o una torcedura. ¿Qué llevas en esa maleta, piedras? —dijo el chico, medio en serio medio en broma.

Ella no dijo nada. Le hubiera gustado contestarle que llevaba allí toda su vida, mil recuerdos para no olvidar quién era ni de dónde venía, pero a ese chico no le importaban sus problemas. Ese chico tan guapo no podría jamás interesarse por una chica como ella.

—¡Ey, ey! No te preocupes. Solo bromeaba. Creía que a estas alturas ya te habías dado cuenta de que soy un bromista —añadió.

La azafata había estado escuchando la conversación, entretenida, pero ya tenía ganas de marcharse. El viaje había sido muy largo y quería llegar a su hotel. Allí podría acostarse, olvidar los problemas en la parte de cola y las exigencias de los viajeros de primera. De lo que menos ganas tenía en ese momento era de hacer de niñera.

—Señorita Davis, la esperan allí. No debería entretenerse ni taponar la puerta de salida —murmuró mientras señalaba a un hombre alto y delgado con un cartelito blanco frente a ellas.

—Sí, claro. Vamos cuanto antes —respondió la joven.

Agarró el asa de la maleta y echó a andar. Giró el rostro y se despidió de Matthew con un leve movimiento de cabeza. Ya había dado un par de pasos cuando oyó un grito llamándola:

—¡Eh, espera! ¿No vas a decirme tu nombre? —era aquel chico de nuevo; lo miró sin decir nada, sería—. Ya que me he hecho daño por tu culpa, es lo mínimo que puedes hacer por mí. Me lo debes.

Pese a que le parecía una excusa y una tontería, se sintió en la obligación de responderle. Además, en el fondo no le caía tan sumamente mal ese entrometido. Se lo debía, ¿no?

—Me llamo Sienna, Sienna Davis.

Capítulo 3

—¡Buenos días, papá! —gritó desde la puerta—. ¿Ha vuelto ya mamá?

Cruzó el pasillo con la mochila colgada de un solo hombro y entró en la cocina. Su padre estaba sentado a la mesa, con una taza de café entre las manos, y la mirada perdida. No le hicieron falta palabras para saber la respuesta.

Desde que su madre se había marchado, su padre no levantaba cabeza. Había pedido a sus asesores que se hicieran cargo de la empresa, mientras él pasaba todo el día encerrado entre las cuatro paredes de su casa, esperando el regreso de su mujer.

Sienna la echaba de menos. Hacía más de diez días que se había marchado por motivos laborales y su ausencia en casa era evidente. Su madre solía ausentarse con frecuencia para trabajar en el extranjero. A fin de cuentas su trabajo consistía en maquillar a modelos, y los desfiles más prestigiosos del mundo no estaban en Javea ni en sus alrededores. Sin embargo, ya habían pasado muchos días desde que llamó por última vez para hablar con su familia y eso era raro.

El señor Davis llevaba mucho peor la distancia que su hija. Seis días sin saber de su esposa eran demasiados. Estaba preocupado, ya que la llamaba a diario a su móvil y nunca recibía contestación. Muy a su pesar, ese día era diferente a los demás. Hacía un par de horas había recibido una inesperada llamada. Lo que oyó al otro lado le partió el corazón. Y ahora su deber era contárselo a su hija. Había pasado toda la tarde llorando encerrado en su cuarto, escondido por si acaso Sienna volvía antes de tiempo de estudiar en casa de su amiga. Lloraba de dolor, de desesperación, de rabia, de indecisión. ¿Cómo iba a darle esa noticia a su hija?

Cuando Sienna entró en la cocina, con su eterna sonrisa y su mochila llena de nombres y garabatos pintados por sus amigos, supo que no sería capaz de hacerlo. La miró, con los ojos llenos de lágrimas y miedo, y lo único que pudo ver fue el reflejo de su esposa, de su princesa. Pese a tener tan solo quince años, Sienna era toda una belleza, como su madre. Sus ojos tenían un color sin nombre, entre el verde mar y un marrón dorado. Sus piernas eran largas, interminables, bien definidas. “Algún día será modelo”, decía siempre su mujer entre risas, “y entonces me tocará pintarla”. Lo único que diferenciaba a madre e hija era el color del cabello. La madre de Sienna tenía una larguísima cabellera rubia, siempre en su sitio, mientras que la niña tenía el pelo castaño oscuro y lucía habitualmente un look más juvenil e inocente, con una coleta en lo alto recogiendo su pelo.

Ese día vestía unos vaqueros, una camiseta gris desmangada con capucha y unas Converse grises a juego. Al contrario que otras veces, llevaba el pelo suelto, lo que aún causaba más dolor a su padre.

Sienna se había dejado el pelo suelto porque en realidad no había estado estudiando. Había quedado con un chico de clase y habían ido a tomar un helado en el paseo marítimo. Al ver a su padre tan serio, se arrepintió de haberle mentido y haberle ocultado sus verdaderas intenciones. Estaba segura de que no le habría prohibido quedar con ese chico, pero con los exámenes finales a la vuelta de la esquina y su madre fuera de casa, se sentía culpable por no estar encerrada en casa con él y sintió la necesidad de engañarle.

La chica se acercó a besar a su padre. Quería decirle que no se preocupara, que su madre no tardaría en volver y que se enfadaría mucho al saber que había estado tan triste. No tuvo tiempo de hacerlo, pues mientras lo besaba, su padre la tomó de una mano y le dijo unas palabras que nunca olvidaría:

—Sienna, mamá no va a volver.

Capítulo 4

Y es que este mundo gira tan deprisa...²

El señor Smith bajó el cartel con su nombre y la llevó hasta un enorme coche oscuro. A Sienna nunca se le había dado bien reconocer los modelos de coche; para ella eran grandes o pequeños, deportivos o antiguos, rojos, azules o plateados. Nada de Maseratis, Volvos o Mercedes. Aun así, era capaz de ver que estaba montada en un coche increíble, impoluto y, sobre todo, muy caro.

Como el conductor no le dirigió la palabra, Sienna siguió escuchando música con su dispositivo MP3. Mientras oía la voz de Dani Martín cantarle al oído mil letras preciosas, el coche iba adentrándose en la ciudad que nunca duerme. A lo lejos podía ver el puente de Brooklyn y el sol cayendo tras él. Los altos rascacielos comenzaban a rodearla y los taxis amarillos los adelantaban desesperados, veloces como estrellas fugaces. Estaba en Nueva York.

Por primera vez en todo el trayecto, abrió la boca y se dirigió al conductor:

—Señor Smith, ¿podríamos hacer una pequeña visita a los puntos más importantes de Manhattan antes de ir a casa?

—Claro, señorita Davis. La llevaré al lugar más bello de Nueva York —respondió el chofer mientras la miraba a través del espejo retrovisor.

² *Quiero aprender de ti*, El canto del loco

El coche se perdió por calles concurridas de gente. Gente con maletines y rostro serio, de vuelta a casa tras un día de duro trabajo. Gente con cámaras de fotos al cuello y ojos brillantes de felicidad, gente que disfrutaba de sus vacaciones.

—Ahí a la izquierda tiene Bryant Park. Ahí la Gran Estación Central. Si mira a la derecha, a lo lejos, está Central Park. Esa es la Quinta Avenida —iba apuntando el señor Smith.

Un poco más adelante, el coche giró a la derecha y entró en una calle totalmente iluminada. En ese momento, Sienna sintió que estaba en la cima del mundo.

—¡Pare, por favor! —logró decir, con un hilillo de voz.

El coche se echó a un lado en la carretera. Sienna abrió la puerta y bajó del vehículo. Algunos curiosos se pararon cerca a observar a esa joven que bajaba de semejante vehículo; incluso hubo quien le sacó una foto “por si acaso era famosa”.

Echó a andar al centro de las dos amplias calles y miró a su alrededor. Subió a un bordillo y vio como los taxis pasaban a su alrededor sin apenas mirar. Turistas de todas las nacionalidades y orígenes se golpeaban intentando coger el mejor sitio para sacar una fotografía.

Una racha de aire le golpeó en la cara. Sin apenas pensarlo, estiró los brazos a ambos lados de su cuerpo y cerró los ojos. Tuvo ganas de gritar, pero se contuvo, consciente de que el conductor la miraba a lo lejos desde el coche. No quería que este creyera que estaba loca.

Tras unos segundos así, volvió a abrir los ojos y caminó hacia el coche.

—Ahora lléveme a casa. Necesito descansar —dijo Sienna, mientras se despedía con la mirada de Times Square.



El vehículo hizo su siguiente parada no muy lejos de allí, en la puerta de un bloque de modernos apartamentos frente al Museo de Arte Metropolitano. El señor Smith le presentó al portero y se despidió de ella, añadiendo que pasaría a buscarla al día siguiente para llevarla a ver el colegio y a hacer algunas compras para estar lista para la vuelta a clase.

El portero la acompañó a una de las plantas superiores, le abrió la puerta de su nueva casa y la ayudó a meter las maletas en el salón. Tras entregarle las llaves, se marchó.

Sienna echó un vistazo al salón. Era tan grande como su anterior hogar. Aunque eran una familia acomodada, no les gustaba derrochar ni vanagloriarse de posesiones o dinero. Vivían en una casa de dos pisos en lo alto de una montaña, desde donde disponían de unas vistas al mar que quitaban el aliento. Fuera, la piscina y un parque infantil donde jugaba con sus padres de pequeña. Ahora, la joven seguiría viviendo en las alturas, en lo alto de un rascacielos. El paisaje, aunque diferente, seguía siendo increíble. En la oscuridad de la noche, desde un precioso sofá crema, podía ver luces envolviéndola, meciéndola en sueños, como si cada punto de luz fuera una estrella.

Recorrió el apartamento en silencio, asombrada de lo enorme que era. La cocina, con una isleta en el centro donde podría cocinar como si de Arguiñano se tratara, estaba repleta todo tipo de alimentos, algunos desconocidos para ella, con la intención de que no le faltara de nada. Un despacho con una enorme mesa de nogal y un portátil blanco y nuevo con la manzanita dibujada en la tapa. El cuarto de baño y su bañera donde perfectamente se podía nadar. Un dormitorio. Otro dormitorio. Otra salita aún sin muebles. Y allí, un balcón con una mesita y sillas rodeadas de velas y plantas exóticas. No sabía que iba hacer con todo ese espacio para ella sola.

En ese momento solo tenía clara una cosa: tenía que avisar de que estaba bien. Se dirigió al despacho y encendió el ordenador. Accedió sin problemas a su cuenta de Messenger y en seguida, toda la pantalla se llenó de luces naranjas.

—¡Tía! ¿Ya has llegado? ¿Cómo te va? ¿Has visto a algún famoso? ¿Cómo es tu piso? ¡Cuéntame! —su mejor amiga, Merche, la acosaba a preguntas, como era habitual en ella.

—¡Hola guapa! Pues aquí estoy, en “la capital del mundo”. Acabo de llegar a casa así que todavía no he visto mucho. ¿Tú qué tal estás?

—Bien, pero muy triste. ¡Mi mejor amiga se ha ido al otro lado del mundo y no tengo con quien salir esta noche! Fíjate, un viernes noche y aquí estoy yo pegada al ordenador. Pero vamos a hablar de ti, ¡que hoy eres tú la protagonista!

Las palabras de Merche le hicieron reír. Su amiga estaba loca. Tal vez ese fuera el motivo por el que la quería tanto.

Estuvieron hablando durante horas. Sienna le contó que apenas notaba el jet lag aunque el viaje había sido muy largo y aburrido. Le dijo que había conocido a un chico en el avión y que luego había intentando fugarse de las azafatas, pero que no lo consiguió. Habló sin parar, de Times Square, de su casa, de su padre, de cuánto echaba ya de menos a todas sus amigas. Merche le pidió más información sobre el chico, pero Sienna no entró en detalles. Total, no iba a volver a ver a ese chico jamás.

—Bueno loca, me acaba de llamar Marta para que baje al Tropicana corriendo. Hay fiesta de la espuma y dice que hay muchos guiris guapos. Brindaremos por ti y por tu viaje, ¿vale? ¡Cuídate mucho y saca muchas fotos!

Poco después, la chica cerró sesión. Era increíble. A las tres de la mañana hora española, Merche había empezado a arreglarse para ir de fiesta. “¿Habría algo abierto a esa hora en Nueva York?”, pensó Sienna.

La joven volvió junto a sus maletas, que había dejado tiradas y sin abrir en el salón. Buscó en el bolsillo de una de ellas su teléfono. Marcó de memoria un número, aunque la llamada no llegó a dar tono, ya que la canceló al instante. Estaba enfadada con su padre. Llevaba todo el viaje pensando en él, en cómo había sido capaz de enviarla a estudiar tan lejos de su lado. Pese a que deseaba oír su voz, no podía perdonarle lo que le había hecho. Volvió a coger el móvil y marcó varias teclas.

“Ya he llegado. Todo está bien. Un beso”. Enviar.

Acto seguido, desconectó el teléfono. Tenía la esperanza de que su padre la llamara tras leer el mensaje, pero no quería pasar la noche esperando una llamada que podía no llegar a sonar, así que mejor sería dejarlo apagado.

Arrastró las maletas a uno de los dormitorios, el más grande. Las dejó junto a la puerta y se tumbó en la cama, mirando al techo. No llegó a buscar el pijama de Pucca, puesto que a los pocos minutos de acostarse, se durmió profundamente.

Capítulo 5

¡Ring! ¡Ring! ¡Riiiiiiiiing!

¿Qué era eso? ¿El teléfono? No, lo había apagado. ¿El timbre? Sí, debía ser el timbre.

Sienna abrió los ojos poco a poco, aún medio adormilada. Se encontró en su nueva habitación, con la luz del sol pegándole en la cara. Se levantó de la cama y buscó a su alrededor algo con lo que taparse. Entonces se dio cuenta de que estaba vestida, ya que la noche anterior se había dormido antes de cambiarse. Salió al pasillo y siguió el sonido del timbre, que la llevó a la puerta. Miró por la mirilla. Al otro lado de la puerta estaba el portero.

Abrió rápido para que aquel hombre dejara de tocar el timbre. Se arrepentía de haberse burlado del *jet lag* el día anterior porque estaba destrozada y apenas sabía en qué día vivía.

—Buenos días, señorita Davis. Venía a avisarla de que su coche la espera abajo para ir a formalizar los papeles del colegio.

Sienna se había olvidado por completo de que tenía que ir a llevar en mano unos cuantos documentos y a firmar la aceptación de las normas del colegio. Su padre había sido muy claro con eso: “tendrás para ti unos días antes de comenzar las clases para que puedas conocer Nueva York y acostumbrarte a la vida allí, pero eso no significa que debas descuidar tu formación, así que el sábado a las diez debes estar en la puerta del St. Patrick’s para que te informen de todo”.

Miró el reloj. Aún no había cambiado la hora, por lo que tuvo que restar antes de descubrir qué hora era. Todavía tenía una hora. Estaba sucia, despeinada y sin arreglar, además de no haber desayunado. Pidió al portero que avisara a su chófer de que tendría que esperar un poco ya que no estaba preparada. Conforme el portero cerró la puerta, Sienna echó a correr a la ducha rezando para que el St. Patrick's School no estuviera muy lejos de allí.

Abrió el grifo del agua caliente y, tras quitarse la ropa y dejarla tirada en un rincón del enorme cuarto de baño, se metió en la bañera. Cuando pisó el suelo, el agua no estaba demasiado caliente, pero esa bañera tan moderna no podía tardar mucho en dar agua tibia, así que, valiente, se colocó la alcachofa encima de la cabeza. Un chorro de agua congelada le cayó encima y le bajó por la espalda. Sobresaltada, Sienna pegó un grito y saltó sobre sí misma en la bañera, con tan mala suerte que al caer resbaló y se derrumbó sobre esa piscina que tenía como bañera.

En un intento de agarrarse a algo y evitar el golpe de la caída, echó sus brazos a los lados. No encontró nada. El golpe fue inevitable, pero afortunadamente no se hizo nada, a parte de sentir un dolor punzante en la espalda y los brazos. Además, a buena hora el agua había empezado a salir caliente y notó como se le abrasaba todo el cuerpo mientras yacía en la bañera.

Se puso en pie rápido, esta vez con más cuidado, y salió de la bañera. Echó mano a una toalla blanca que había colgada junto a la bañera y se cubrió el cuerpo con ella. Mientras, giró las ruletas de los grifos sin parar hasta que consiguió que el agua saliera a la temperatura perfecta.

Con miedo, volvió a entrar en la bañera. Se mojó primero los pies, luego las piernas, y así poco a poco fue subiendo hasta mojarse el cabello. No se entretuvo mucho puesto que sabía que

tenía poco tiempo. Con el resbalón había perdido unos preciosos minutos que ahora le faltaban para relajarse en la ducha.

Al salir de la bañera se dio cuenta de que no tenía más ropa a mano que la que llevaba el día anterior. Envuelta en la toalla y con el pelo suelto mojándole la espalda, se dirigió a la habitación. Abrió la cremallera de la bolsa de mano y sacó unos shorts vaqueros claros y una camiseta blanca de media manga a rayas negras un poco caída por los hombros. Se calzó sus sandalias crema, se recogió el pelo en una coleta alta y añadió a su *look* una pulsera ancha de bronce, una diadema negra con unos brillos plateados en el lado y el collar *hippie* de su madre.

Mientras colocaba el collar por encima de la camiseta, pensó en sus padres. Si su padre la viera ahora, le reñiría por vestir de forma tan informal en su primer día en Nueva York. Según él, nunca sabes a quién puedes encontrar y debes ir más arreglada y seria. Dos años antes, sus comentarios habrían sido muy distintos, estaba segura. La habría observado sin pronunciar palabra y le habría guiñado un ojo, cómplice. Por aquel entonces lo único que le importaba era que su hija fuera feliz. Su madre, en cambio, la habría alabado y la habría llevado de la mano a su cuarto, donde la habría sentado en su tocador a darle unos retoques con sus numerosas brochas y sus millones de barras de labios.

Salió corriendo hacia la puerta. Al llegar frente a ella recordó que no había cogido los papeles del colegio, ni el bolso, ni sus documentos de identidad. Volvió al dormitorio y rebuscó en la bolsa de mano. Había sido muy previsora al organizar el equipaje, ya que había metido un pequeño bolso con su teléfono, cartera y demás objetos de diario para llevarlo todo junto y preparado en caso de emergencia. Sacó el bolsito crema y

buscó dentro de la maleta pequeña la carpeta con todos los documentos que le había entregado su padre. Vísteme despacio que tengo prisa. Caminó hasta la puerta, nerviosa. Se miró un par de veces en el espejo, tomó aire y cruzó el umbral.

Entró en el ascensor por el que había subido el día anterior con el portero y pulsó el botón G. El ascensor bajó directo a la recepción del edificio. Cuando las puertas se abrieron, Sienna vio al portero y a su chófer conversando tranquilamente. Con un movimiento de cabeza y una sonrisa, saludó a ambos. El chófer se dirigió al coche y le abrió la puerta mientras que el portero volvió a su monótono trabajo.

Al entrar en el vehículo, Sienna percibió que el chófer estaba de buen humor y quería conversación. La chica pensó que, si a partir de entonces iba a estar la mayor parte de los días con él, lo mejor sería intentar trabar amistad con el hombre. Comenzó por disculparse por hacerlo esperar y por preguntarle qué sabía acerca del colegio St. Patrick's.

—El St. Patrick's School es uno de los colegios más prestigiosos de la ciudad. Allí estudian los hijos de las personas más adineradas del país desde que tienen tres años hasta que están preparados para acceder a la universidad —detalló el conductor—. Como usted ya se incorpora en el último curso, le costará un poco más adaptarse que al resto de los alumnos, ya que estos se conocen desde pequeños. Además, algunos de los jóvenes que asisten a ese colegio llevan relacionándose con la *jet set* de la ciudad desde críos, por lo que lo primero que intentarán será descubrir sus raíces para determinar con qué grupos puede relacionarse y con qué grupos no. No voy a mentirle y a decirle que son gente maravillosa, porque hay de todo, así que debe estar preparada para cualquier cosa.

Vaya. No era eso precisamente lo que Sienna deseaba oír. En España iba a un colegio público al que cualquier hijo de vecino podía asistir. Niños con más o menos dinero jugaban juntos sin distinciones y el mayor prejuicio que podía haber a la hora de decidir con qué niños pasar más rato era vivir más cerca o menos de los demás compañeros.

—Creía que esas cosas solo pasaban en las películas y en la televisión —comentó la joven.

—Pronto verá que en este país la realidad supera muchas veces a la ficción, señorita Davis.

La conversación no duró demasiado puesto que el colegio estaba a pocas manzanas de su bloque de apartamentos. El chófer paró frente a la puerta y le preguntó si quería que la acompañara dentro. Sienna agradeció el ofrecimiento pero declinó la oferta. Desde que había llegado a Nueva York no había hecho nada por su propia cuenta y comenzaba a sentirse inútil. Además, en un par de días tendría que cruzar las puertas de esa institución para iniciar las clases y en esa ocasión no tendría más opción que hacerlo sola.

Antes de apearse del coche, observó a través de los cristales tintados del vehículo. Las puertas del edificio eran impresionantes. Se trataba de unos altos muros de piedra blanca que imitaban las antiguas construcciones europeas del Renacimiento. A ambos lados de la puerta, franqueando la entrada, podía ver unas columnas corintias. Apoyadas en una de ellas, charlaba un grupo de chicas que lucían elegantes vestidos de telas brillantes. Unos chicos salían por la puerta en ese momento. No se parecían en nada a los chicos con los que Sienna acostumbraba a relacionarse. En vez de piratas vaqueros y camisetas de manga corta, esos chicos vestían pantalones de pinza y chaleco.

Cuanto más observaba por la ventana, más nerviosa se ponía. Decidió dar el paso cuanto antes y, tras llevarse la mano al collar que caía sobre su pecho, bajó del vehículo. Al cerrar la puerta y comenzar a caminar hacia la entrada, las chicas se giraron y dejaron de hablar, observándola con cara de pocos amigos. Los chicos en cambio se echaron a un lado para cederle el paso. Uno de ellos, sonriendo, le abrió la puerta del colegio.

Dentro del edificio, Sienna no tuvo problemas para saber a dónde dirigirse. Vio a varias personas caminando todas en la misma dirección y allá se encaminó. Llegó a la secretaría, donde le recogieron algunos documentos, le compulsaron otros y le entregaron un gran sobre marrón con el emblema del colegio. “Aquí llevas el decálogo de nuestro centro y más información para que no te resulte difícil moverte por el St. Patrick’s”, puntualizó la estirada secretaria.

En cuanto tuvo el sobre entre las manos, Sienna apretó el paso y se dirigió hacia la puerta exterior. Sentía, o tal vez solo imaginaba, que todo el mundo la miraba. No sabía si todo eran imaginaciones suyas debido a lo que le había comentado Gary, el conductor, mientras se dirigían allí o si realmente todos se giraban a su paso, pero Sienna notaba como el corazón le latía a mil por hora. Deseaba salir de allí cuanto antes.

Cruzó la entrada sin mirar a los lados y, por fin, atravesó la puerta. El grupo de chicas se había marchado de las columnas. Ahora solo había una joven de gafas y pelo rizado con un humeante vaso de *Starbucks* entre las manos.

Sin saber cómo, de repente el sobre y la carpeta de Sienna estaban en el suelo. Al salir con tantas prisas, no se dio cuenta de que había un pequeño escalón en el suelo y tropezó con él. Esta vez tuvo más reflejos que con la bañera y no llegó a caer al suelo, pero sí soltó todo lo que llevaba en la mano.

Avergonzada, agachó la cabeza e intentó recoger los papeles tan rápido como fuera posible. Una vez que lo hubo recogido todo, se puso de nuevo en pie y se encaminó hacia el coche.

Ya había cerrado la puerta del vehículo cuando notó unos golpes en el cristal. Levantó la cabeza y se encontró con la chica de gafas:

—Disculpa. Creo que esto es tuyo.

Sienna bajó la ventanilla para ver mejor qué había dejado atrás con las prisas. La desconocida estiró el brazo y le tendió el DNI. Sienna lo cogió y dio las gracias a la chica. Esta le sonrió y se dio la vuelta para echar a caminar de nuevo hacia la entrada y terminar de saborear su café. Mientras tanto, el coche de Sienna arrancó.

Capítulo 6

Lo primero que hizo nada más alejarse de la escuela fue dar la orden a Gary de llevarla a la tienda de *Zara* en la Quinta Avenida. Sabía que en la Gran Manzana había cantidad de negocios donde vestirse como una princesa o una actriz de *Hollywood*, pero ella se sentía más cómoda en la tienda donde solía perderse los sábados por la tarde con sus amigas.

Tras vagar durante largo tiempo entre vestidos y chaquetas con hombreras sin encontrar nada de su agrado, compró una camisa blanca de botones y se dirigió al mostrador. Mientras introducía el número personal de su tarjeta en la máquina, Sienna le preguntó a la chica que la estaba atendiendo si podía recomendarle alguna tienda donde comprar ropa juvenil y sencilla. La joven le sopló por lo bajini un par de nombres y direcciones, a la vez que vigilaba que ninguna de sus encargadas la viera promocionando a la competencia. Sienna le agradeció la ayuda y salió con su pequeña bolsa marrón camino al coche.

De allí fue a *Forever21*, *American Eagle* y alguna otra tienda donde quemó la tarjeta de crédito. Estaba emocionada con tanta ropa nueva, diferente a la que acostumbraba a ver. Había sido una buena idea pedir consejo y alejarse de lo conocido.

En vez de volver a casa a dejar las compras, echó mano a su mapa de Nueva York y solicitó a Gary que se encargara de dejar las bolsas en su apartamento mientras ella salía a recorrer las calles de la ciudad.

En primer lugar buscó un lugar donde comer, ya que había pasado toda la mañana y parte de la tarde ocupada, sin tiempo

para llevarse un trozo de pan a la boca. Ya eran las cuatro de la tarde.

“No te inflés a hamburguesas y comida basura, Sienna, que si no vas a acabar hecha una foca”, le había advertido el día anterior Merche. Con ese pensamiento en mente pasó de largo por la puerta de un enorme *McDonald's* de dos plantas y, unas cuantas manzanas después de cruzar Times Square, entró en un restaurante italiano atestado de gente.

Pidió y se sentó en una larga mesa en el fondo del establecimiento. A su lado, tres chicas un poco más jóvenes que ella hablaban más que comían. Estaban totalmente emocionadas. Sienna, presa del aburrimiento, se dedicó a escuchar su conversación a la vez que comprobaba si su nivel de inglés era lo bastante avanzado como para seguir una charla entre adolescentes sin perder información.

—¡Es increíble! Dicen que ya ha vuelto a Nueva York y que lo han visto solo en *GAP* —comentó una chica, con las uñas pintadas con un precioso barniz azul celeste.

—¿Solo? Ojalá eso quiera decir que ha cortado con la innombrable. No entiendo cómo un chico como él podía estar saliendo con una persona tan falsa y artificial como ella. Seguro que era un montaje —respondió la chica sentada al lado de Sienna.

—Lo mejor de todo es que la semana que viene comienzan a rodar y seguro que pasan por el Rockefeller. ¿Qué os parece si nos pasamos por allí a ver si lo vemos? —volvió a hablar la primera.

Sienna no perdía dato de la conversación. Era tal la alegría y emoción de las chicas que el gusanillo de la curiosidad comenzó a picarle. Sintió la tentación de preguntarles de quién hablaban, aunque se mantuvo callada.

Poco después las chicas se levantaron de la mesa. Sin recoger los restos de su pizza, caminaron hacia la puerta. Entre los platos se habían dejado una revista con una franja rosa y unas enormes letras que cubrían las fotos. *“El abrazo que lo cambió todo”*. *“Descubre el último Bad Romance de Lady Gaga”*. *“¿Estáis hechos el uno para el otro?”*

Sienna arrastró la revista hasta ponerla a su lado y le echó un vistazo por encima. Tal vez esa sería una buena forma de ponerse al día con los gustos de los adolescentes americanos.

Apenas había pasado la primera página cuando la chica de las uñas perfectas llegó corriendo a su lado. Sin decirle nada le arrebató la revista de las manos y se marchó quejándose a sus amigas, que la esperaban en la puerta.

Sienna siguió comiendo en silencio, esta vez más aburrida. Al terminar su pedazo de lasaña, recogió la mesa y salió a la calle.

Paseó un rato por Times Square y entró a la tienda gigante de M&M. Compró algunos dulces y continuó deambulando por la ciudad. Llegó a una librería y recordó que tenía la lista de los libros del colegio en el bolso, así que entró y compró todos los que encontró. Solo le faltaba el libro de ciencias naturales. También compró un par de libros de lectura para entretenerse en casa.

El tiempo había pasado volando y ya comenzaba a oscurecer. Sienna decidió que podía volver a casa andando, ya que no estaba excesivamente lejos del centro y así tendría la oportunidad de conocer un poco más su nuevo mundo.

Volvió a la Quinta Avenida y siguió caminando adelante. Al frente podía divisar Central Park. Su casa no estaba muy lejos, o al menos esa era la sensación que había tenido desde el coche, porque ese parque era enorme y por mucho que andaba de forma paralela a él, no parecía estar más cerca de su destino.

Caminó y caminó y por fin vio frente a ella los escalones del museo. Algunas familias salían de él, apresuradas, llegada la hora de cierre. Algunos turistas posaban en los escalones con una gran sonrisa. Y ahí, en el escalón más alto de todos, justo en el centro de las escaleras, vio una cara conocida. La chica del café.

La joven estaba concentrada en la lectura de un libro que desde abajo Sienna no podía reconocer. El escándalo a su alrededor, las carreras de los niños, los *flashes*... todo parecía estar en su contra, todo su ambiente intentaba distraerla de la lectura, pero la muchacha no despegaba la vista de las páginas que tenía delante.

Sienna había disminuido el paso y miraba con atención a la chica. No entendía por qué, pero ver una cara conocida le había dado un vuelco al corazón. ¿Cómo podía ser tan grande Nueva York y encontrar a la chica de las gafas justo al lado de su casa?

Debió ser muy descarada con su forma de mirar, puesto que la otra joven se sintió observada y levantó la cabeza para contemplarla fijamente. Sienna miró a otro lado con disimulo, pero la joven ya la había visto. Esta cerró el libro, se puso de pie y bajó con paso rápido las escaleras hasta colocarse al lado de Sienna.

—¡Hola otra vez! —saludó con una sonrisa—. No sé si te acuerdas de mí; nos hemos visto en la puerta del colegio St. Patrick's.

Sienna la miró y le devolvió el saludo, fingiendo no haberla visto antes.

—¡Ah, sí! Es verdad.

—Vas a estudiar allí, ¿verdad? —preguntó la desconocida.

—Sí. Es mi primer año, y también el último. Acabo de mudarme a la ciudad —respondió Sienna.

—¿Estás en el último curso? Quizás vayamos juntas a clase; yo también voy a empezar mi último año allí. Por cierto, me llamó Abby —mientras decía estas palabras, la chica tendió su mano a Sienna, que respondió con un apretón de manos.

—Yo soy Sienna. Encantada de conocerte.

No sabía cómo, pero en algún momento desde que se encontraron habían dejado de andar.

—Así que vienes de España... qué lejos, ¿no? ¿Qué te trae aquí? —preguntó, curiosa, Abby.

—Bueno, mi padre quería que estudiara aquí. Mi madre es americana y siempre decía que le gustaría ver cómo me graduaba en su misma escuela.

—Eso explica tu acento. Hablas muy bien inglés para no ser tu lengua nativa —remarcó Abby—. Tu madre debe estar muy contenta de que hayas venido a estudiar aquí.

—La verdad es que no lo sé —respondió Sienna—. Mi madre murió hace dos años.

Capítulo 7

Abby enmudeció ante esas palabras.

—No te preocupes, no lo sabías —añadió Sienna.

Pálida, la chica se llevó las manos a uno de sus rizos y le preguntó si podían sentarse un momento. Sienna aceptó.

Deshicieron el poco camino que habían hecho y se sentaron en las escaleras de la entrada al museo.

—Mi madre era maquilladora —comenzó a explicar Sienna—. Habitualmente trabajaba fuera, con una agencia de moda y otra de relaciones públicas. Un día estaba en París, otro en Barcelona y al siguiente podía viajar a Tokio. Nunca sabía dónde estaría al día siguiente. A pesar de todo, ponía una condición a las empresas con las que trabajaba: no podía pasar más de una semana sin volver a casa. Como era una maquilladora excelente nunca tuvo problemas al respecto.

Abby la miraba en silencio conforme Sienna seguía hablando.

—Hace dos años salió de viaje y sencillamente no volvió. Me encontré a mi padre en la cocina al volver a casa y, destrozado, me dio la noticia.

—¿Qué le pasó? —preguntó Abby.

—No lo sé con certeza, ya que mi padre nunca ha querido contármelo. En ese momento me prometió que cuando cumpliera dieciocho años lo sabría pero, a falta de quince meses para que se cumpla el plazo, me ha enviado a estudiar lejos de él y me pregunto si algún día llegaré a saberlo.

—Vaya, es una historia dura. Lo siento mucho.

Las dos jóvenes se miraron sin pronunciar palabra durante unos segundos eternos. Al final, Abby cambió el tema. Se sentía culpable por haberlo sacado y quería hacerle olvidar la conversación de algún modo.

—Entonces, ¿estás viviendo aquí con tu padre? —preguntó.

—No, vivo sola. Llegué ayer mismo.

—¿Vives por aquí cerca?

—Sí, a un par de manzanas hacia allá —respondió Sienna señalando a un punto de la calle contrario al parque—. Ni siquiera he deshecho las maletas, ya que esta mañana he salido corriendo al colegio y a comprar unas cosas. Ahora que lo pienso, debería marcharme ya para que no se me haga más tarde.

Abby le sonrió y meneó la cabeza afirmativamente.

—¿Tú vives cerca de aquí? —añadió Sienna.

—No demasiado. Vivo en la zona del SOHO, ¿la conoces? —respondió la joven de las gafas.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando —contestó Sienna entre risas—. Si vives muy lejos, podría acercarte en el coche, ¿qué te parece?

—No sé... no te molestes. Si tampoco tengo mucho que hacer ahora mismo. Tengo tiempo de sobra para tomar un taxi.

—Para nada molestas, mujer. Eres la primera persona con la que tengo una conversación normal desde que he llegado aquí y es algo de agradecer. Si no fuera por todo el ajetreo que he tenido todo el tiempo me sentiría muy sola —las palabras de Sienna sonaron sinceras—. Mira, hacemos una cosa. Como no tienes prisa, te vienes a mi casa, me ayudas a desempaquetar la maleta y después te acercamos a casa. ¿Aceptas?

Abby sonrió.

—Parece un buen plan, aunque... ¿quién me dice que no vayas a encerrarme en tu piso como una presa hasta que conozcas a más gente en la ciudad?

Esta vez fue Sienna quien soltó una carcajada.

—Deberás confiar en mi palabra. Si quieres, puedes llamar a tus padres desde la puerta de mi apartamento para que te tengan localizada. Así me resultará más difícil secuestrarte —acompañó el último comentario sacando la lengua de forma burlona.

Las dos jóvenes comenzaron a reír. Sin más dilación se pusieron en pie y caminaron hasta el bloque de Sienna.

En la misma puerta, Abby sacó del bolsillo de sus pantalones vaqueros su *iPhone* y les contó dónde estaba, con quién y lo que pensaban hacer. Al otro lado del hilo telefónico, su padre gruñó y le pidió que tuviera cuidado. Después de mandarles besos y abrazos, la joven cortó la llamada.

Cuando salieron del ascensor y Sienna abrió la puerta de la casa, Abby silbó con admiración. Había estado muchas veces en casa de sus compañeros de clase en esa zona de la ciudad, por lo que estaba acostumbrada a visitar *lofts* de infarto, mansiones de ensueño y apartamentos de todo tipo. Sin embargo, nunca había visto una casa tan grande para una chica de casi diecisiete años que estaba viviendo sola.

Sienna estrenó el hilo musical y puso su canción favorita, *La suerte de mi vida*, a su nueva amiga. Mientras entre las dos abrían las maletas e iban colocando la ropa en perchas dentro de su vestidor, la española le traducía la canción para que la otra chica la entendiera. “Es una declaración de amor preciosa y tienes que oírla. Seguro que no tenéis nada parecido en inglés.”

Rieron un rato mientras guardaban todo. Sienna habló de sus amigas en España y de la vida en la costa. Abby la escuchó

sin interrumpirla, haciendo preguntas sobre todo. Tras largo rato de cháchara, Sienna hizo la pregunta que llevaba deseando poder formular desde el primer momento.

—Bueno, ya que parece que vamos a ser compañeras de clase y tú llevas en esa escuela más tiempo que yo, ¿qué me puedes comentar de la gente? ¿Hay algo que deba saber?

Abby dejó de reír. Se paró un instante a pensar y después se sinceró:

—St. Patrick's School es toda una institución en la ciudad. Tenemos alumnos de todo tipo; cualquier cosa que te imagines la encontrarás en las aulas. Hijos de senadores, cantantes, actores de éxito, herederos, alumnos con beca, deportistas, *emos*, góticos... de todo. Hay una jerarquía de clases en la que, quieras o no, tendrás que encontrar tu lugar.

—¿Crees que tendré problemas para encajar en la escuela?

—preguntó Sienna un poco asustada.

—Lo dudo. Das el perfil de chica popular del St. Patrick's. Aunque tal vez seas demasiado simpática —bromeó, intentando quitar hierro al asunto—. Encajarás con todo el mundo si eres tal y como has sido hoy conmigo, siempre y cuando te mantengas alejada de la princesa del colegio.

—¿La princesa? Creía que aquí esas cosas no llegaban, con eso de que sois republicanos —siguió con el chiste Sienna—... ¿De quién estamos hablando, de la animadora, como en las películas?

—De la animadora, de la chica guapa de la escuela, de la experta en moda o de la hija de la cantante Bianca, como quieras verlo. La perfección reunida en una sola persona —respondió la joven.

—¿Bianca? ¿La cantante de "No doubt I'm crazy"? ¡Esa mujer es la mejor! En España es el símbolo de la homosexualidad y

la libertad sexual y todo el mundo la adora. Ha sido famosa desde... ¡siempre! —Sienna estaba loca de emoción.

Una parte de ella se sintió mal por traicionar a sus locos, pero el resto le decía que estaba en América y las cosas iban a cambiar mucho, hasta sus gustos musicales. Además, no todos los días se conocía a la hija de la cantante más famosa del mundo durante los últimos 20 años.

Abby contestó, no tan alegre:

—Sí, la misma. Te recomiendo que no te crees ninguna expectativa antes de conocerla puesto que es una chica un tanto especial. Solo te pido que tengas cuidado con ella.

La joven miró a su alrededor y vio que toda la ropa estaba ya organizada dentro de su lugar específico del vestidor, igual que los productos de baño, libros y demás enseres habían encontrado un lugar en el gran piso.

Sienna, agotada tras el largo día, se tiró de golpe en el sofá. Estaba feliz de haber conocido a Abby. Ya no se sentía tan sola y, además, había perdido el miedo. La gente de su nueva escuela no podía ser tan mala. Con que se parecieran un poquito a Abby, le iría bien, estaba segura.

Abby no se sentó junto a ella en el sofá, sino que cogió el bolso en muestra de despedida.

—Tengo que marcharme ya. Esta noche hay una fiesta de vuelta a las clases y aún tengo que ir a casa, arreglarme y llegar al hotel Wavelynn antes de las doce.

—Perdona, no me había dado cuenta de lo tarde que se había hecho. Vamos para abajo que voy a llamar ya a Gary —contestó Sienna, un poco seria.

Esa fiesta de bienvenida antes de comenzar las clases significaba que no asistiría a la primera celebración del curso. En

cambio, debería pasar otra noche más pegada al ordenador, hablando con quien ese sábado se hubiera puesto enfermo y no hubiera salido de marcha en España. Menudo plan.

Abby se dio cuenta de que su nueva amiga no tenía muy buena cara y se sintió mal por haberle contado sus intenciones. Sin dudarlo, dijo algo de lo que esperaba no arrepentirse:

—¿Por qué no vienes tu también y así vas conociendo a la gente?

Capítulo 8

—¿No te importa? —preguntó Sienna con ojos de corderito.

La verdad es que le apetecía mucho salir esa noche.

—Claro que no. Es más, me encantaría que vinieras. Pero date prisa o se nos hará tarde —urgió Abby.

—Voy a darme una ducha. Gary puede llevarte a casa para que te arregles y luego quedamos en algún sitio —sugirió.

La chica aceptó y bajó en el ascensor al recibidor. El conductor ya la estaba esperando en la recepción. A su vez, Sienna se dirigió al cuarto de baño y contempló la bañera con mirada desafiante. Había olvidado comprar una alfombrilla para la bañera pero... ¿dónde demonios iba a encontrar una alfombrilla redonda de baño de tales dimensiones!

Esta vez la ducha fue más tranquila, sin incidentes. Se envolvió en la toalla y fue al vestidor, donde examinó toda su ropa en busca del conjunto adecuado para darse a conocer. Se decidió por un vestido blanco de tirantes con una parte algo transparente a la altura del pecho y unas franjas bordadas en el bajo. El vestido dejaba al descubierto gran parte de los muslos y sus largas piernas. Desconocía la hora en la que volvería a casa y tampoco sabía la temperatura que habría por la noche, así que cogió una chaqueta negra de cuero estilo motero. Se echó el flequillo a un lado y se recogió un mechón de pelo con un gancho que imitaba a una flor blanca.

Giró la muñeca y miró la hora. Todavía tenía tiempo antes de la fiesta. Sintió nervios en el estómago y pensó que ese día no

había tenido un segundo para pensar en nada. No había podido pensar en su padre, ni en sus amigas. Aprovechó los minutos que le quedaban libres para encender el ordenador y enviar un correo electrónico a sus amigas.

Como era de esperar, ninguna estaba conectada. Recordó que Merche le había comentado que tenían pensado pasar la noche del sábado en casa de Ana, otra de sus amigas, viendo unas películas, comiendo pizza y hablando de chicos.

Abrió su cuenta de correo electrónico y comenzó a escribir. Tardó diez minutos en decidir qué contar a sus amigas y cómo hacerlo. Una vez lo hubo decidido, redactó el e-mail sin parar hasta culminar con la despedida.

Vio que la pestaña de la bandeja de entrada indicaba un mensaje sin leer. Hizo clic en el botón y vio que se trataba de un correo de su padre que rezaba lo siguiente:

Querida hija:

Me hizo feliz recibir tu mensaje y saber que estás bien, aunque esperaba que te pusieras en contacto con nosotros por teléfono.

Siento mucho que tuvieras que marcharte enfadada. No quisiste escucharme cuando te lo conté, pero todo esto estaba decidido mucho antes de que Marga llegara. Tu madre y yo siempre deseamos que estudiaras en Estados Unidos y que vivieras momentos tan mágicos como los que constituyeron nuestra juventud.

Sé que te tomará tiempo aceptarlo y entender mi postura. No es ningún problema; te conozco bien y sé que me perdonarás.

Por ahora solo te pido una cosa: no pierdas el contacto. Si es necesario, cogeré un avión y cuando me necesites para lo que sea estaré ahí. No dudaré en hacer lo mismo si no sé nada de ti. Sabes tan bien como yo lo que es estar esperando una llamada que nunca

llega y estoy seguro de que no me harás volver a pasarlo mal ahora que por fin he encontrado la felicidad.

Pásalo bien, disfruta de la ciudad, aprende mucho en el colegio y vuelve a casa estas Navidades a contárnoslo todo.

Un beso,

Tu padre

Terminó de leer el contenido del correo e inmediatamente lo borró. Marga, Marga, Marga. Siempre tenía que estar presente en sus conversaciones, sin importar de qué hablaran.

Marga era la mujer que había reemplazado a su madre en el corazón de su padre. La conoció en una reunión de negocios un año después de la muerte de su madre. Sienna la caló desde el primer momento. Era una mujer obsesiva, hipócrita y manipuladora cuya último objeto de fijación era su padre. A ojos de cualquier mujer, su padre era toda una joyita: joven, atractivo, viudo y rico. Esa mujer había tejido durante semanas una tela de araña de cumplidos, encuentros fortuitos y amistad forzada hasta que cazó al señor Davis.

Desde entonces, la vida de Sienna se había convertido en una pesadilla. Al principio Marga intentó llevarse bien con ella, pero al ver que Sienna la consideraba su enemiga y comprender que jamás se ganaría a la hija de su pareja, esta decidió volverse la madrastra perversa de la historia. Tergiversaba todas las palabras de la joven y las utilizaba con su pareja para convencerlo de que necesitaban deshacerse de ella. El padre no le hacía caso, pero tras pasar meses escuchándola, sus palabras parecieron hacer mella en él y acabó haciendo todo aquello que esa bruja le decía, desde controlar cualquier movimiento que Sienna daba hasta enviarla a estudiar bien lejos para que la niña no pudiera impedirles disfrutar de su amor.

Apagó el ordenador, sin sacarse de la cabeza el tema. No había sido buena idea comprobar el correo electrónico. Se enfadó con ella misma por permitir que los problemas pudieran perseguirla y afectarle a miles de kilómetros de distancia.

Cogió el bolso, se calzó unos tacones de vértigo y apagó la luz de la habitación.

El coche ya la esperaba en la calle. Abby estaba dentro, con un vestido azul eléctrico y el pelo recogido en un moño alto. Se había quitado las gafas y parecía otra persona.

—¡Qué guapa vas, Sienna! —exclamó la joven.

—Tú tampoco te quedas corta, que digamos —se rió Sienna—. Fiesta, ¡allá vamos!

El coche aceleró y las llevó a la puerta de uno de los hoteles más selectos de la ciudad.

Capítulo 9

Los alrededores del hotel estaban vacíos, en total calma. En la puerta principal del Wavelynn, un botones les pidió sus carnets de estudiante del St. Patrick's y, tras observarlos con detenimiento, les señaló el ascensor de cristal al tiempo que susurraba "última planta".

El ascensor fue ascendiendo una planta tras otra sin parar. Desde dentro, las jóvenes podían ver el lujo y esplendor de cada piso. Todo parecía tranquilo. De no saber que había una fiesta allí, habrían creído que el lugar estaba abandonado. Finalmente llegaron a la última planta, que resultó ser una terraza decorada para la ocasión. Las puertas del ascensor se abrieron y la canción del momento las ensordeció por un instante.

*You could travel the world but nothing comes close to the Golden Coast. Once you party with us, you'll be falling in love oooh. California gurls...*³

Abby se puso de puntillas buscando a alguien al mismo tiempo que cogía a Sienna del brazo. Había muchísima gente allí, no solo estudiantes de la escuela, algo que era de esperar teniendo en cuenta que la fiesta la organizaba la chica más popular del colegio. A la derecha le pareció verla, rodeada de su séquito de clones, así que echó a andar hacia la izquierda. Prefería evitar el encuentro tanto rato como resultara posible.

Sienna, por su parte, estaba maravillada. La terraza era preciosa. Por todas partes habían colocado unos sillones bajitos de

³ *California Gurls*, Katy Perry

plástico con formas extrañas y mesitas de cristal, en torno a las cuales se reunían grupos de chicos de todo tipo. Junto a la pared, una barra donde unos camareros muy atractivos servían copas y refrescos iluminados por la luz de unas altas antorchas. Las barandillas de la terraza, de cristal, dejaban ver la ciudad a sus pies. Alzando la cabeza, a la derecha, el Empire State. A la izquierda el Rockefeller Center. Algunas parejas estaban sentadas en unos sofás blancos con tapicería de cuero justo al lado, disfrutando de las vistas, mientras que otras se besaban en unas cabañas del mismo color cerradas por telas en tres de sus cuatro lados para facilitar a sus ocupantes algo de intimidad.

Además, no solo se trataba del lugar, sino de la gente. Las chicas lucían preciosos vestidos de fiesta con brillos, collares de piedras preciosas, zapatos de tacón de los diseñadores más conocidos y adornos del pelo a cual más impactante. En cuanto a los chicos, predominaban los trajes y las corbatas. Sienna no recordaba haber visto nunca a chicos tan arreglados en una fiesta, excepto en bodas o Nocheviejas.

En ese momento se miró el vestido. Igual no se había arreglado tanto como creía, o como era necesario. Se arrepintió de sus compras, de no haber escogido ropa más elegante, y la voz de su padre le vino a la cabeza: “debes ir siempre arreglada. Nueva York no es ciudad para la informalidad”.

Mientras Sienna divagaba, Abby la había llevado a una de las barras.

—¿Quieres algo? Yo voy a pedirme una Coca Cola.

Sienna la miró extrañada.

—¿Una Coca Cola? ¿Es que no te gustan las bebidas alcohólicas?

—No bebo. Aquí no está permitido beber hasta los veintiún años, aunque en este tipo de fiestas siempre hacen la vista

gorda. Aun así, prefiero no tomar nada con alcohol por si viene la policía.

Sienna le lanzó una mirada comprensiva. Una chica que cumplía las reglas. Todo lo contrario a sus amigas, cuya mayor diversión era salir de botellón a conocer chicos. ¿Sería cuestión de culturas o de personas?

—Pídeme una Coca Cola light, por favor —pidió, siguiendo el consejo de la joven.

Una vez que el apuesto camarero les hubo llenado la copa y la hubo decorado con unas rodajas de limón, la tomaron entre sus manos y buscaron un sitio donde sentarse. Todas las mesas estaban ocupadas y Abby no parecía tener intención de acercarse a saludar a ningún grupo de los que allí estaban.

—¿Dónde están tus amigos? —preguntó Sienna.

—Mis amigos no suelen venir a este tipo de fiestas. Por si no te has dado cuenta, soy más del tipo empollona que del de chica fiesterera. Aun así, mis padres siempre me están animando a participar en todas las fiestas para que me relacione con la gente y resulta imposible dialogar con ellos respecto a este tema.

Sienna no dijo nada al respecto.

—¿Qué te parece si vamos a la pista de baile? ¡Me encanta bailar!

Abby sonrió.

—Claro, vamos allá —pegó un trago a su copa y fueron al centro de la terraza.

Bailaron durante un rato ellas solas. Poco después, a su alrededor había un grupo de chicos que, mientras intentaban disimular bailando, las observaban de arriba abajo. Ninguna de las dos jóvenes se dio cuenta. Siguieron bailando sin parar una canción y la siguiente y otra más.